

ZSIGMOND MÓRICZ

SÉ BUENO
HASTA LA MUERTE

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE JUDIT FALLER Y ANDRÉS CIENFUEGOS

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Légy jó mindhalálig*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Herederos de Zsigmond Móricz
© de la traducción, 2016 by Judit Faller Leitold
y Andrés Cienfuegos Gómez
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda de
Translation Fund of the Hungarian Book Foundation



ISBN: 978-84-16748-08-2

DEPÓSITO LEGAL: B. 15139-2016

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Donde un pequeño colegial pierde el sombrero, razón por la cual el pobrecillo habrá de ir con la cabeza descubierta, así truene o nieve, hasta bien entrado el invierno, cuando el impasible mundo se percate al fin de tan anómala situación.

El colegio era un edificio grande, sombrío y rectangular erigido alrededor de un patio interior. De hecho, sólo la antigua fachada frontal, que se alzaba frente a la Gran Iglesia, era sombría; las otras tres, edificadas posteriormente, eran simplemente inhóspitas. Pero al pequeño colegial le intimidaba todo el edificio. Incluso en el *coetus*¹ sentía una especie de reverencia religiosa al oír el repiqueteo de los tacones sobre los pasillos desiertos y el gorjeo de miríadas de gorriones que provenían de la fronda de los giganteschos chopos del patio.

En ese instante el colegial abrió el último cajón de una gran mesa que había en medio de la habitación y comenzó a hurgar en él. La parte frontal del cajón estaba pintada de verde, igual que la mesa, aunque la pintura de la parte superior estaba bastante desgastada, mientras que la del cajón seguía siendo de un color intenso, lo cual llenaba de satisfacción al colegial, que sólo lamentaba que los antiguos propietarios de la mesa le hubieran hecho tantos arañazos con la llave.

Dentro del cajón, en el que reinaba el desorden, había un montón de libros y cuadernos escolares. El colegial bus-

¹ Denominación latina de la habitación asignada a entre seis y diez estudiantes como dormitorio y sala de estudio en los internados protestantes. (*Todas las notas son de los traductores*).

caba la gramática latina de Békési,¹ porque quería ir a estudiar al jardín botánico nada menos que el enigmático capítulo de los gerundios y los gerundivos. Lanzó una mirada furtiva en dirección a Böszörményi, un compañero de clase algo mayor que estaba tumbado en la cama, aunque el jefe de la habitación lo había prohibido. Aparentemente absorto, con la pierna colgando del lateral de la cama, observaba el ir y venir de una araña en el techo, así que el pequeño colegial se atrevió a contemplar discretamente sus mas íntimos tesoros. Uno era un libro sobre Mihály Csokonai Vitéz,² que había comprado por treinta krajcár³ en una librería de viejo en cuyo escaparate había pasado todo el año anterior, cuando él todavía no era interno, y cada día, de camino al colegio, echaba un vistazo para ver si aún seguía allí. Aunque decir todo el año sería una exageración, puesto que lo descubrió hacia mayo, es decir, ya casi al final del curso; este hecho no nos debería extrañar porque entonces era muy ignorante. Pero al final del primer curso de secundaria había espabilado bastante y se había fijado en ese escaparate y en el libro sobre Csokonai que había en él.

Aunque cuando estaba en casa de vacaciones, en verano, cayó en la cuenta de que tendría que habérselo comprado.

Este pensamiento le arruinó el verano; pensaba en el libro todos los días y se preguntaba si estaría todavía en el escaparate o si ya lo habría comprado alguien. Y en el tren, de regreso a Debrecen, mientras contemplaba los extensos campos de la Gran Llanura, llegó a preguntarse: «Dios mío, ¿estará todavía a la venta el Csokonai?».

¹ Gyula Békési, natural de la ciudad húngara de Debrecen, donde editó una gramática elemental de latín en 1885.

² Importante poeta húngaro nacido y fallecido en Debrecen (1773-1805).

³ Antigua fracción de la moneda húngara, el forinto.

Al llegar al colegio le asignaron el *coetus* 19, en el segundo piso del internado, y le tocó la última cama, algo apartada del resto. En el dormitorio había siete camas, tres dispuestas contra una de las dos largas paredes y otras tres contra la otra; la séptima estaba perpendicular a la estrecha pared que había junto a la puerta. Es decir, le había tocado la cama que todos habían despreciado, pero él estaba encantado. Le parecía que esa cama, apartada del resto, era como un castillo; no estaba encajonada entre las demás, sino que era su guarida.

Esa misma tarde, sin haber siquiera hecho aún la inscripción, bajó a toda prisa a la tienda de Harmathy y contempló el escaparate: gracias a Dios, el Csokonai seguía allí. La cubierta rosada del libro se veía apagada y polvorienta a la luz del atardecer, pero lo importante era que estaba allí, que aún le esperaba.

Le habría gustado comprarlo pero no se atrevió, porque aún no se sentía lo bastante autosuficiente como para gastarse el dinero que le habían dado sus padres en algo tan superfluo. Pero cada día bajaba un momento hasta el escaparate para ver si el libro continuaba allí.

Una mañana se llevó un susto tremendo. Desde lejos vio al dependiente ante el escaparate abriendo con llave el gran cristal, y temblando se imaginó que iba a sacar el Csokonai. No sacó nada en particular, sino que empezó a recoger todos los libros, los amontonó en una alta pila y los trasladó del escaparate a la tienda.

No pudo quedarse a ver qué hacía porque sonó la campana de la primera clase y tuvo que regresar al colegio, pero a la hora del recreo salió como una exhalación por el portón y se plantó de nuevo ante el escaparate, que para entonces estaba completamente vacío. Con un plumero, el dependiente quitaba, displicente, el polvo y la suciedad acumulados.

Apenas le hubo echado un vistazo, se dio media vuelta y volvió como un rayo al patio del colegio.

Fue incapaz de prestar atención en clase el resto de la mañana, su cabeza no dejó de cavilar sobre el destino de todos aquellos libros que el dependiente se había llevado al interior de la tienda. Quizá había llegado un hombre rico y, al ver el escaparate, había exclamado: «¡Me lo llevo todo!».

Se le cayó el alma a los pies, como si se le hubiera muerto un hermano o alguien a quien quisiera mucho, y no tuvo valor para acercarse al escaparate durante varios días. Al poco, descubrió pasmado que volvía a estar repleto de libros, y además de libros que jamás había visto. Así que por la noche no pudo dormir pensando que el vejete Harmathy probablemente no había logrado vender todos los libros anteriores. En realidad, más que una librería de viejo, la suya era una pequeña tienda de ultramarinos en la que además vendía el stock sobrante de la imprenta local. Desde que había adquirido esos libros, solía plantarse ante la puerta con gesto enfurruñado y sólo se mostraba afable cuando alguien entraba en la tienda para comprarle algo, así que ahora exponía una nueva colección de libros por si éstos pudieran interesar más a los viandantes. Pero la tienda no estaba bien situada, por allí no pasaba nadie, tan sólo las criadas con su cántaro bajo el brazo y uno de los profesores de camino a casa.

Sin embargo, hacia mediados de octubre en su alma había madurado tanto el firme deseo de comprar el libro que se atrevió a entrar en la tienda, y con las mejillas al rojo vivo le dijo al dependiente: «Por favor, vi un libro en el escaparate, Csokonai, si lo tuvieran aún, si fuese tan amable de comprobarlo...».

El dependiente fue a buscarlo y lo encontró. Le cobró treinta krajcár y esto sorprendió mucho al muchacho, que estaba preparado para lo peor, hasta para que le pidieran un forinto entero. No tenía más dinero.

Se fue correteando con su libro como un perrito cuando le echan un bocado apetitoso. El animal roe el hueso bajo la mesa, pero si le tiran algo sabroso huye por temor a que el dueño se dé cuenta del error y se lo quite...

Pero el libro no era lo que él se imaginaba, no contenía los poemas de Csokonai, sino sólo una sarta de bobadas sobre su vida.

Cuando abrió el libro y empezó a leerlo, no entendió ni una palabra de la primera frase: «Hoy en día la psicología ha elevado a la categoría de verdad la hipótesis según la cual las características y la fuerza del alma son hereditarias, como las físicas, y Mihály Csokonai Vitéz es un ejemplo interesante de la herencia espiritual». Por mucho que volvió a leerla, no logró entenderlo.

Lo mismo le pasó con el resto del libro, así que poco a poco dejó de parecerle tan urgente leerlo, aunque era feliz de haberlo comprado y de poseerlo; miraba a menudo la portada, en cuyo ángulo derecho superior había escrito con vigor su nombre: «Mihály Nyilas 1892». Abajo, en la parte inferior de la página, habían estampado en tinta azul el floripondio de un sello: «Ödön Spitz, letrado». Lo tachó sin piedad.

Durante un tiempo experimentó un placer extraordinario e indescriptible al saberse poseedor de un libro de verdad, grueso, que había comprado él mismo y en el que había escrito su nombre.

Ahora tenía otras cosas en el cajón. Por cinco krajcár se había hecho con un ejemplar de la serie «Retratos históricos» de un compañero de clase que seguramente lo había robado de su casa, y que se lo había vendido durante el recreo prometiendo que traería más. El chico, que era un pésimo estudiante, se llamaba Imre Kelemen y con los cinco krajcár enseguida se había comprado dos manzanas y un panecillo y los había engullido allí mismo ante sus narices puliéndose así las cinco monedas en un abrir y cerrar de

ojos; Misi¹ en cambio sintió renovadas alegrías por el hecho de que en su cajón conviviesen reyes coronados y héroes con una aureola alrededor de sus cabezas, y se le ponía la carne de gallina de felicidad con tan sólo vislumbrar una punta de ese ejemplar, por lo que decidió hacer un dibujo de cada uno de los personajes y con ese propósito se compró cinco pliegos de cartulina.

Pero su tesoro más reciente e importante estaba incluso por encima de todo eso.

En la calle Nagymester, en el trastero de la casa del maestro donde se había alojado el curso anterior, había encontrado un libro forrado de pergamino con el que los niños jugaban como si se tratara de una pelota. Nada más verlo, había decidido quedárselo, y no fue por el libro en sí—al ojearlo advirtió que estaba en latín, y tenía suficiente con el latín que no aprendía en la escuela—, sino por la cubierta. Se encaprichó terriblemente de ella. Volvió a visitar al maestro los dos domingos siguientes, y, finalmente, en un momento de descuido, se dejó vencer por la pasión: desencuadernó el libro, volvió a dejarlo en el trastero y escondió la cubierta bajo el abrigo. Se fue de allí casi sin despedirse y volvió al internado.

Allí tampoco se lo enseñó a nadie, no lo habría hecho por nada del mundo, pero no pudo dormir ni estudiar hasta que hubo comprado cincuenta pliegos blancos e ido al encuadernador de la calle Darabos, que estaba justo al lado de la casa natal de Csokonai, para pedir que los cosieran a su espléndida cubierta.

¡Cómo mimó entonces el suave y amarillento librito de cuero! Le sacaba brillo con el codo, porque tenía todavía muchos rasguños y tierra de la época en que lo usaron como una pelota... Quería escribir de todo en ese libro. Aún no

¹ Misi es diminutivo de Mihály.

sabía lo que tenía que escribir, pero se sentía pletórico de excitación y entusiasmo con sólo pensar en llenar todas esas páginas con sus ideas. Cada vez que miraba el libro se le hacía un nudo en el estómago y notaba que le subía la fiebre; quería escribir algo muy bonito, algo nunca visto..., no sabía aún qué, pero sería hermosísimo... Había escrito su nombre en la primera página y como título eligió esta simple palabra: APUNTES, un título que nadie podría reprocharle. En mitad de la hoja escribió su nombre, con letras grandes, elegantes e inclinadas: MIHÁLY NYILAS. Debajo puso DEBRECEN y después el año, 1892.

Pero pasaron los días y no escribió nada.

La verdad es que tenía miedo de hacerlo por si alguien leía lo que había escrito..., lo criticaba..., igual lo denunciaba o se lo robaba..., o empezaban a reírse de él... Tampoco estaba satisfecho de sí mismo, la portada no le había salido muy bien... No estaba mal teniendo en cuenta que sólo cursaba segundo de secundaria, pero él habría querido hacer algo precioso... Advirtió que su letra allí no tenía nada de especial comparada con la que garabateaba en sus cuadernos escolares, mientras que él había creído que en ese libro su caligrafía iba a ser cien veces más bonita... Creyó que su trazo iba a ser tan singular que si alguien lo descubría exclamaría: «¡Qué maravilla!».

Pero las letras no le salieron mejor, sino peor incluso que su escritura escolar, porque allí era imprescindible escribir cuidadosamente, mientras que aquí quiso hacerlo de un modo tan atrevido que al final sólo le salieron unos garabatos infantiles... Esa portada le hacía sufrir al punto que acabó desencantándose de su propio talento, de su propia capacidad..., aunque el tormento se mezclaba con la alegría, porque siempre había visto ese libro como una tarea extraordinaria, una tarea a la que se debía, que iba a resolver..., un castillo que debía asediar y cuya conquista le traería la gloria...

Böszörményi se movió en la cama; Mihály lo miró, rojo de vergüenza, pero el muchacho no parecía estar prestándole la más mínima atención, así que recobró la calma.

Pero inmediatamente después se le ocurrió preguntarse: «¿Por qué se habrá quedado aquí este tontaina de Böszörményi? Los demás están abajo en el patio trasero del colegio jugando a la pelota o se han ido a caminar por el Gran Bosque hasta los montículos de arena». Consideró asustado si no estaría pensando en sus pinturas. El día anterior había comprado en Pongrác un carmín extraordinario sólo por cinco krajcár; quizá Böszörményi se había percatado de ello y ahora se lo iba a pedir prestado y nunca se lo devolvería; lo usaría hasta gastarlo como la vez anterior.

Quería escabullirse con el rabo entre las piernas al jardín botánico con su libro de latín, pero en cuanto cerró de golpe el cajón, Böszörményi dijo:

—¡Oye, tú!

Asustado, miró a su compañero, cuya cara no auguraba nada bueno; seguro que quería más pintura.

—Dime, ¿tienes pintura?

Esperaba tanto esa pregunta que ni siquiera le sorprendió.

—¿De qué color?—dijo con un lloriqueo asustado.

—Sepia.

—Sepia no tengo.

Durante el silencio que siguió comenzó a tranquilizarse pensando: «Éste sólo quiere sepia y nada más».

—Y carmín, ¿tienes?

—¿Carmín?

—Sí.

—Tengo—dijo bajito y pestañeando—. Aunque se me está terminando, porque el carmín se disuelve mucho...

—¿De veras? ¿Lo tienes? ¡Estupendo!—exclamó Böszörményi. Y dando un brinco se levantó de la cama y se plantó delante de la mesa.